

Editorial

Hay quienes sostienen que el actual gobierno de Sebastián Piñera corresponde al primer gobierno de derecha en cincuenta años. Otros, dicen que es el quinto gobierno de la Concertación. Más allá de las opiniones personales, este cuestionamiento no resulta azaroso en el contexto de las movilizaciones que hemos vivido estos últimos meses. El diagnóstico es lapidario: el cambio de coalición política que hoy ocupa La Moneda no se ha traducido en transformaciones en el carácter del Estado ni en el modelo-país. Nuestra *Némesis*, una vez más –como hace trece años–, está en un escenario de cuestionamiento de la postdictadura.

En efecto, los “*cambios en el equipo*” han ayudado a hacer manifiestos los poderes, los sujetos y las dinámicas que mantienen la continuidad de la matriz socio-histórica que explica al Chile de las últimas dos décadas. Asimismo, la situación de ebullición actual, una multitud de identidades que apuntan a un diálogo común en términos políticos, ha demostrado que es un descontento generalizado con la manera en que se toman decisiones en el país. Y justamente el conflicto educacional, que es tan transversal, ha dejado de manifiesto las profundas diferencias entre lo que quiere la ciudadanía y lo que han hecho nuestros gobernantes y representantes durante los últimos treinta años.

Este escenario, de negación de la validez de los canales institucionales como alternativas de expresión ciudadana, abre el espacio para entender tanto las identidades que buscan expresión política, como las posibilidades creativas de éstas. Pero, para llegar a esto, los movimientos sociales parecen haber aprendido de los años de silenciamiento institucional en el ámbito político: los gobiernos de la Concertación aplacaron todo intento de reivindicación social mediante la desarticulación de las organizaciones de base y la gremialización de sus demandas políticas.

Un ejemplo claro de lo anterior fueron las reivindicaciones estudiantiles, las cuales, desde finales de los noventa hasta 2006, se movilizaron en una liturgia cerrada, que empezaba en abril y terminaba en mayo, usualmente con exigencias que no eran transmitidas para ser empáticamente aceptadas por la ciudadanía. Las expresiones novedosas de los deudores habitacionales (más bien, las deudoras) fueron reprimidas y desarticuladas políticamente con la poderosa maquinaria mediática al servicio del capital, siendo relegada su notoriedad a una expresión marginal. No fue sino hasta el 2006, con la “*Revolución Pingüina*”, cuando se rompió el ciclo litúrgico de movilizaciones estudiantiles, saliendo a relucir toda la creatividad para enfrentar el poderío (político, mediático, económico, cultural) del sistema político.

En ese sentido, es posible afirmar que la Concertación supo administrar el carnaval a su favor. Todo acto masivo, toda gran concentración ciudadana, toda celebración deportiva tenía, eminentemente, un sello concertacionista. Festivales de teatro, el Chino Ríos, teleseries que “*retratan*” a

los chilenos, muñecas gigantes, tocatas gratuitas, la selección chilena de fútbol, fiestas de la cultura, todo servía para saciar la falta de carnaval, y, de paso, consolidar las mayorías, como bien manda Gramsci. No obstante, con los “pingüinos” en 2006, eso cambió. El carnaval, esto es, la celebración comunitaria en espacios públicos, se volvió contra la Concertación.

Ahora bien, estructuralmente, es el mismo país que era al término de la dictadura. Prácticamente nos regimos con la misma Constitución de 1980. Se legitimó el sistema económico y social existente, producto del proyecto refundacional de la dictadura. Tenemos el mismo Plan Laboral, con pequeñas modificaciones. Tenemos, desde 1981, un sistema educacional basado en el lucro. Las AFP, las Isapres, las concesiones mineras, el mismo sistema tributario, etc. Todo esto no ha sufrido modificaciones durante las últimas tres décadas. Hay una sociedad atomizada, disgregada, situación favorecida por el manejo de los medios de comunicación, altamente concentrados, que tienen un efecto hegemónico. Vivimos en medio de mitos e imágenes construidas desde los medios de comunicación, alentados por un sistema político que actúa más como “clase” que en términos de “representantes ciudadanos”.

Además, el desarrollo macroeconómico de Chile, fuertemente alabado en las últimas dos décadas, llevó al mito de que el país está “jugando en las ligas mayores”, construyéndose toda una imagen de país ganador, siendo los “jaguas de América Latina”. Mientras en Chile la clase política celebra el ingreso del país a la OCDE y busca mejorar las relaciones comerciales con países asiáticos y europeos –bajo la lógica de la apertura económica –, en el resto de América Latina han surgido voces críticas ante las consecuencias sociales de las políticas neoliberales (privatizadoras y de liberalización comercial). Sin embargo, se ha aislado el “milagro chileno” del contexto regional; pero las relaciones internacionales y comerciales con los países vecinos siguen su curso (entre problemas limítrofes, acuerdos comerciales y visitas de Estado).

A contrapelo de modas actuales que inundan el discurso político, se busca recuperar el desafío de descifrar el proceso de construcción historiográfica del presente. En este sentido, se recurre a la tradición de los Annales, más que a una insulsa historiográfica anecdótica. El presente siempre reinterroga al pasado. De esta manera, la tradición histórica francesa definía la tarea de indagar, de revolver incansablemente en la historia, vislumbran un sentido político en ello: el de construir claridades para el presente. Marc Bloch y Lucien Febvre invitan a comprender el presente por el pasado, y comprender el pasado por el presente.

Debido a lo anterior, pensar sobre el periodo de los gobiernos civiles resulta un ejercicio elusivo, difícil de fijar y, además, polémico, en cuanto genera importantes debates tanto en el plano práctico como teórico. En efecto, se habla de este periodo como la “transición chilena”, pero ¿A qué se alude? En lo teórico, se hace referencia a un sujeto, a una identidad social y política, y/o a un período histórico que retrata el cambio desde una situación autoritaria a una democrática, en un período determinado. Ahora bien, este giro o desplazamiento hacia la democracia admite diversas lecturas: Por

un lado, la negación, en donde no se concibe la situación transitiva de “*ir hacia la democracia*” desde un régimen autoritario. Por otro lado, la afirmación de un proceso polémico, en donde tanto su inicio como su desarrollo y su (posible) término son materia de un debate inconcluso. En efecto, en términos prácticos, confluyen diversas interpretaciones, tales como: Aquéllas, que relatan un proceso histórico que comenzó a mediados de los ochenta y que concluye con las elecciones presidenciales de 1989 y la llegada a la presidencia de Patricio Aylwin en 1990. Otras, que abordan al proceso de consolidación democrática inaugurado por el plebiscito de octubre de 1988 y que “*finaliza*” en la nebulosa de hitos (cual réquiem de los símbolos inconfundibles de la dictadura) de fines de la primera década del siglo XXI: las reformas constitucionales de 2005, la muerte de Augusto Pinochet en el 2006 y el término de los veinte años de gobierno de la Concertación en el 2010. Finalmente, están aquéllas que retratan el fin de la transición democrática en el momento justo en que la coalición partidaria del régimen autoritario regresa a La Moneda, representada en Sebastián Piñera, cual signo de restauración de las (perdidas) confianzas y de unidad nacional.

En este sentido, es preciso preguntarse por los procesos y fenómenos que dotan de forma y contenido a la sociedad chilena actual. Entre éstos, los (des)ajustes estructurales de los últimos veinte años han generado un clima en el cual reina el desencanto. Así, *desde el* desencanto, por un lado, se tensionan las lógicas de transformación institucional del Estado y del sistema político de la post-dictadura; mirando con la nostalgia de lo que pudo haber sido pero que no fue (como la venida de la alegría y de la igualdad). Sin embargo, *después del* desencanto, las mismas tensiones y paradojas se abren hacia su propio desborde, en el cual la emergencia de nuevos sujetos y discursos, con sus deseos, aspiraciones y frustraciones propias, permiten caracterizar los nuevos elementos y dinámicas del Chile actual.

Hace un año, nos preguntábamos por el sentido en contraposición al presente episódico y vaciado –conscientemente– de historicidad, por la poca identificación de las identidades colectivas con la política. Sin embargo, el escenario era completamente distinto, que demandaba una interpretación ligada al descontento soterrado, a las reformas constitucionales hechas a espaldas de la gente, al no-cuestionamiento de los enclaves autoritarios, y una Universidad de Chile cada vez más descuidando su rol público. Todo esto, enmarcado en cifras macroeconómicas ejemplares y en el ingreso de Chile a la OCDE.

La capacidad de pensar al país en un metarrelato es un esfuerzo intelectual que nos invita a devolverle la dignidad al quehacer de las Ciencias Sociales, más allá del ejercicio de la historia episódica a la que nos conducen los medios de comunicación o de la diáspora de proyectos académicos personales, que no permiten dar un rumbo claro a nuestras disciplinas. En ese sentido, resulta fundamental pensar en torno a nuestro pasado reciente como país de acuerdo a los (Re)cambios en el sistema político, con un análisis de la función de la oposición para el fortalecimiento y profundización de la democracia, además de buscar estrategias teórico/metodológicas para interpretar el presente de acuerdo a premisas

ontológicas no conflacionistas; también desde los *Cambios en el modelo económico y sus efectos sociales*, donde se analiza la existencia de relación entre los procesos de democratización social y las transformaciones que ha sufrido el sistema educacional chileno de acuerdo a la matriz sociopolítica, así también como los efectos de la acción educativa no formal mediante el caso del Taller de Acción Comunitaria. Desde la esfera de las *Transformaciones y transformismos institucionales*, se realiza una aproximación al desenvolvimiento en la producción de conocimiento y la influencia en la toma de decisiones de los *think tanks*; mientras que cabe preguntarse, *¿Chile en América Latina?*, desde un prisma de las transformaciones neoliberales en los sistemas previsionales de Chile y Argentina. Y así, un largo etcétera.

Además, en la sección de entrevistas, nos adentramos en la problematización de los límites políticos de la postdictadura, así también como el rol de los intelectuales en la política con Tomás Moulian; en el concepto de transición política y el desarrollo que tuvo la elite política en ella, según Alfredo Joignant; y en los transformismos culturales de la postdictadura, y su relación con las Ciencias Sociales, de acuerdo a Eduardo Santa Cruz. Agradecemos la colaboración y buena disposición de los entrevistados, quienes permitieron ampliar los límites de la reflexión del tema central de la presente edición.

CAROLINA GALLEGUILLOS SAN MARTÍN

Directora

